

sia entre los mas fuertes partidarios de las dos opiniones opuestas, porque al mismo tiempo que combatian unos con otros, se miraban mutuamente como hermanos, y se tenian por ortodoxos; contribuyendo además, cada uno segun sus máximas, al bien general de su madre comun, ó de la misma Iglesia, en lo que se distinguian esencialmente de aquellos hijos de anatéma, que si convierten sus esfuerzos contra los hijos dóciles y celosos, es solo para despedazar con mas libertad el seno materno.

cia, que aunque se enseñe lo que se quiera en la especulativa, siempre será preciso en la práctica volver al consentimiento de la Iglesia universal." Esto es, el clero de Francia, á pesar de los famosos artículos, ha seguido la práctica segura, y se ha conducido segun las máximas santas y generales de la Iglesia católica; por esto no se ha disuelto el vínculo de la unidad. Véanse Fenelon, Maistre, Anfossi y La-Mennais.

## RESUMEN

### DE LAS MATERIAS CONTENIDAS

EN EL LIBRO QUINCUAGÉSIMO-SEGUNDO.

- N.º 1. *Decadencia del concilio de Basilea.* 2. *El Rey de Aragon se reconcilia con el verdadero Papa.* 3. *Muerte del piadoso cardenal Albergati.* 4. *Division en Polonia.* 5. *Victorias de Huniudes.* 6. *Vuelve Scanderberg á ocupar el trono de sus padres.* 7. *Treguas de Amurates con el Rey de Polonia.* 8. *Batalla de Varna.* 9. *Muerte del Rey Ladislao.* 10. *Muerte del cardenal Julian Cesarini.* 11. *Sumision de los eutiquianos de Siria al concilio de Letran.* 12. *Casimiro IV, Rey de Polonia.* 13. *Muerte del Emperador Juan Paleólogo. Le sucede su hermano Constantino.* 14. *Negociaciones para la estirpacion del cisma.* 15. *San Antonino, elevado á la silla de Florencia.* 16. *Canonizacion de San Nicolás de Tolentino.* 17. *Se restablece la concordia entre el Papa y los alemanes.* 18. *Prudentes consejos de la Francia.* 19. *Muerte de Eugenio IV.* 20. *Su carácter.* 21. *Nicolao V.* 22. *Fin de la neutralidad de la iglesia de Alemania.* 23. *Conferencia de Leon.* 24. *Concordato germánico.* 25. *Legacion del cardenal de Carvajal en Bohemia.* 26. *Pogebzac.* 27. *Cábalas é intrusion de Rquesana.* 28. *Los sectarios se apoderan*



de Praga. 29. Concilios principales en Francia. 30. Suplicio del mariscal de Retz. 31. Asamblea de Leon para la estincion del cisma. 32. Renuncia Amadeo el pontificado. 33. Reflexiones sobre la conducta del cardenal de Aleman. 34. Se disuelve el concilio de Lausana. 35. Autoridad y variedades del concilio de Basilea.

---

---

## HISTORIA DE LA IGLESIA.

---

### LIBRO QUINCUAGÉSIMO-SEGUNDO.

*Desde el concilio de Florencia en el año 1442, hasta el fin del cisma de Basilea en el de 1449.*

1. **L**a deposicion del Pontífice Eugenio y el elevamiento de Felix, lejos de contribuir al logro de las esperanzas concebidas por los padres de Basilea, sirvió únicamente para acelerar la ruina de este concilio. Desde esta época fatal la mayor parte de los obispos y de los Soberanos se estremecian al saber lo que pasaba en aquella asamblea. Habiéndose apoderado de sus individuos una parte del terror que inspiraban, echaron de ver de repente que á sus movimientos impetuosos sucedia una especie de languidez y de entorpecimiento. Despues del primer entusiasmo de su lamentable triunfo, celebraron solo algunas sesiones de tarde en tarde, pareciendo que solo trataban de atender á su propia seguridad, ó á la impunidad de sus cómplices. Por



último, la cuarenta y cinco y última sesión de Basilea se celebró el día 19 de Mayo del año 1443. Condenaron en ella algunas proposiciones, defendidas por varios religiosos mendicantes en perjuicio del derecho de los párrocos, de la jurisdicción episcopal y del culto de las parroquias (1). Mas lo efectuado en ella con relación al grande objeto que nos ocupa, consistió en que tomando por norma, según acostumbraban, los decretos de Constanza, resolvieron celebrar tres años después otro concilio general en la ciudad de Leon; no disolver el de Basilea, si continuasen allí los padres con la misma seguridad que antes; y en el caso contrario, continuar en Lausana. No tardaron mucho en verse obligados á tomar este último partido por varias causas que sobrevinieron.

Aumentábase de día en día la mala inteligencia entre el concilio y Felix, que rehusaba volver á Basilea, y trasladándose unas veces á Lausana, y otras á Ginebra, lograba solo variar sus disgustos. La dignidad en que creía encontrar el descanso y toda la felicidad á que podía aspirar, le daba infinito mas que hacer que el gobierno de sus estados en otro tiempo. Inclinado por naturaleza á la economía, se quejaba de la rapidéz con que se habian agotado los tesoros reunidos á fuerza de ahorrar por espacio de muchos años, y repetia con frecuencia que le obligaban á arruinar á sus hijos. El Emperador por otra parte no desistia del pensamien-

(1) *Conc. t. 12. p. 657.*

to de celebrar un concilio que no fuese sospechoso al Papa Eugenio. El Rey de Aragon, que por interés habia mostrado alguna inclinacion á Felix, se unió con Eugenio por un interés mas poderoso, y llamó á los eclesiásticos de sus dominios que residian en Basilea. En fin, encendida la guerra entre el duque de Austria y los suizos, pareció que no era segura la ciudad de Basilea, aliada de éstos.

2. Alfonso, Rey de Aragon, Príncipe verdaderamente digno del renombre de Grande, si se adquiere este título con el sacrificio de todas las leyes de la religion y de la probidad, trató á un mismo tiempo con Eugenio y con Felix, para seguir al que le ofreciese un partido mas ventajoso (1). Felix ofreció por medio de sus nuncios confirmar la adopción que habia hecho de Alfonso en primer lugar la Reina Juana de Nápoles, con el título de Rey de Sicilia que se atribuía á consecuencia de aquella adopción, y suministrar doscientos mil escudos de oro para ayudar á este Príncipe á ponerle en posesion del patrimonio de San Pedro. Eugenio, que tuvo noticia de estas proposiciones, se sobresaltó en extremo, y esto era verosíblemente lo que pretendia el aragonés artificioso, que tenia por mas seguro y honorífico tratar con el Pontífice reconocido por casi toda la Iglesia que con el Papa de los saboyanos y de los suizos; pues el amor de la gloria, aunque subordinado en Alfonso al de la

(1) *Zurit. l. 15. c. 18.*



fortuna, no dejaba de tener en él mucho dominio. Luego que vió que su estratagema producía con Eugenio el efecto deseado, solo trató ya de eludir los empeños contraídos con Felix, diciendo que era necesario unir nuevos artículos, en extremo onerosos, y muy contrarios en particular al genio económico del nuevo Papa. Exigia entre otras condiciones que se le entregasen sin dilacion y en una sola paga los doscientos mil escudos de oro. Así vió Felix frustradas sus esperanzas apenas habian nacido, y su pequeña obediencia mas limitada que nunca en el momento en que se lisongeaba de estenderla; pero cediendo á su competidor, le ofreció mayores dificultades que vencer, y le obligó á espender mayores sumas.

Exigió el orgulloso aragonés que el romano Pontífice le cediese el reino de Nápoles con esta cláusula humillante: *Sin embargo de que el Rey Alfonso se apoderó de él á mano armada.* Quiso tambien que se le diese por solvente de todo lo que debía á la cámara apostólica, con cualquier título que fuese; y en fin, que Fernando, su hijo bastardo, fuese legitimado por el Sumo Pontífice, y designado él y su posteridad por sucesores de su padre en el reino de Nápoles. Este último artículo pareció tan vergonzoso á Eugenio, á pesar de que le concedió del mismo modo que los otros, que se tomó el partido de que no se publicase la bula en vida de este Pontífice; como si los borrones con que al morir dejan los hombres afeada para siempre su memo-

ria, fuesen un mal menor que los que pueden lavar durante su vida.

El Rey de Aragon se obligó por su parte á reconocer á Eugenio por Papa cierto y legitimo, á rendirle homenaje con respecto al reino de Nápoles, á devolver las ciudades de que habia despojado á la Iglesia romana, á suministrar tropas para obligar al duque de Milán á hacer la misma restitucion, y además á dar seis galeras y cuatro mil hombres de á caballo contra los turcos. Pero lo mas importante para Eugenio fue que despues de la conclusion del tratado hizo publicar Alfonso en todas las provincias de sus estados que se reconociese á este Papa por legitimo y único Pontífice, y que se tuviese por nulo todo lo que se habia hecho contra él en Basilea. Así disipó de repente el espíritu de interés todas las incertidumbres de Alfonso, ó por mejor decir, sus dudas afectadas, cuya solucion atribuye cuidadosamente en su decreto á un exámen mas maduro (\*). Tres cardenales va-

(\*) No puede menos de conocerse en esta narracion de Be-rault aquel espíritu de nacionalidad mal entendido, que el mismo historiador reprende y condena en otros. Aunque no pretendemos justificar todas las operaciones de Alfonso V, sin embargo debemos manifestar que no merece en justicia todas las inculpaciones y epítetos verdaderamente injuriosos que le aplica nuestro historiador. Dijimos ya en el libro precedente que Aragon jamás obedeció al Antipapa Felix; y en verdad, antes de que el pretendido concilio de Basilea publicase la sentencia de deposicion contra el Papa Eugenio, y de consiguiente antes que fuese elegido el Antipapa, habia ya Alfonso hecho retirar de



sallos suyos, y casi todos los demás beneficiados de sus dominios salieron de Basilea despues de algunas deliberaciones, y se retiraron á sus iglesias, lamentándose y protestando, mientras estuvieron distantes del terrible Alfonso, que permanecerian

Basilea á sus embajadoras, mandándoles espresamente que no se hallasen allí en la deposición de Eugenio y en la eleccion de nuevo Papa; pues tenia por dudoso y escandaloso quanto en aquel congreso se hacia, despues que Eugenio habia trasladado el concilio á Florencia. Aun hizo mas el Rey; envió mandato á la Reina de Aragon y á su hermano el Rey de Navarra, para que no se obedeciese decreto alguno del concilio de Basilea, y se observase neutralidad como en el cisma de Clemente VII. Escribióle entretanto el Antipapa Felix exhortándole á que le diese la obediencia; pero el Rey se escusó políticamente con que los embajadores y prelados de sus reinos no se habian hallado en su eleccion, cuyo exámen era muy difícil y largo. No obstante, le dijo por su embajador, que si examinado todo hallaba ser buena su eleccion, trataria de darle la obediencia, con tal que en nombre de la iglesia romana le confirmase la adopcion de la Reina Juana de Nápoles, y le diese la investidura del reino. No se verificó esta condicion ni menos la prometida obediencia; pero esta conducta simulada es lo único que puede imputarse justamente á Alfonso, el cual intentaba con ella vencer el ánimo del Papa Eugenio, siempre propenso á favorecer el partido de la casa de Anjou y sus pretensiones á la corona de Nápoles. Cualesquiera que estas fuesen por una y otra parte, lo cierto es, que los hombres mas sábios de aquel tiempo estaban divididos acerca de aquella cuestion; y si el duque francés alegaba en su favor la adopcion que de él hiciera la Reina Juana II, el Rey de Aragon alegaba dos semejantes adopciones, una anterior y otra posterior á la del duque de Anjou: por manera que no pudo decidirse esta lucha sino por la fuerza y por las armas. Pero cuando Alfonso venció y se apoderó de todo el reino, y cuando en consecuencia de sus victorias trató de ajustar las paces con el Papa

siempre fieles á Felix y á su concilio. El panormitano, cuyo celo era el mas variable ó el mas servil, y que despues de haberse declarado á favor de Eugenio con el teson y actividad que hemos visto, supo adular á Felix en tales términos que obtuvo de él el cardenalato, renunció esta dignidad, como tambien el titulo pomposo de legado del concilio en toda Alemania, y se retiró á su diócesis de Palermo, donde murió de peste dos años despues. No hubo en su tiempo otro sugeto mas versado que él en el derecho canónico, como lo acreditan sus varias obras; pero tampoco le hubo menos estable en sus principios, ó mas inconsecuente en su conducta; pues unas veces se mostró favorable y otras contrario á Eugenio, pero siempre de un modo estremado. Hay entre sus obras un tratado famoso, compuesto en favor del concilio de Basilea, el cual comprende los tiempos mas agitados de este con-

y con todos los Príncipes que le habian sido contrarios, á nadie dió condiciones duras, no pensó en vengar á Eugenio, ni menos en amenazarle con que daria la obediencia al Antipapa; antes por el contrario, fue él el primero en solicitar la paz con el Sumo Pontífice, y dió á la santa Sede por la investidura del reino de Nápoles ocho mil onzas napolitanas (unos cuatrocientos ocho mil reales vellon), y se pronunció abiertamente contra el Antipapa Felix y contra su conciliábulo de Basilea. Véase la historia de Bartolomé Faccio, escritor contemporáneo; el tratado de la paz y las bulas de su Santidad en cuyos documentos se fundan nuestros historiadores Mariana, Ferreras, Ortiz y otros muchos, para defender los derechos de Alfonso y justificar sus operaciones.



cilio; pero se ha hecho tan raro que apenas se encuentra ya, por haberse suprimido, segun dicen, como que respiraba una parcialidad y un furor escandaloso.

El convenio del Papa con el Rey de Aragon dió un golpe mortal al partido de Felix. Se unió Alfonso con los venecianos, florentinos senenses, y con las demás ciudades principales de Italia; y todos de comun acuerdo se empeñaron con el Emperador para que protegiese el designio que tenia el Papa de congregar en el palacio de Letran el concilio que debia dar el último golpe al cisma. Receló entonces Federico que la celebracion del otro concilio que habia propuesto él mucho tiempo antes, experimentaria dificultades insuperables. Se buscaron, pues, varios temperamentos, se propusieron nuevos medios, y se hicieron sobre todo los mayores esfuerzos para disponer las cosas de manera que este Príncipe pudiese quedar airoso. En tal estado, la disposicion en que se mostró la Francia, invariablemente adicta á la autoridad de Eugenio, á pesar del respeto que la merecia la disciplina de Basilea, inclinó la balanza y motivó la resolucion final, reducida á adoptar el plan propuesto al Emperador por el Rey Carlos VII, de celebrar una asamblea general de Europa ó de sus diputados, y poner en egecucion lo que se resolviese á pluralidad de votos (1).

3. Pasó el Papa Eugenio desde Florencia á Se-

(1) *Æn. Sylv. Ep. 54. et 55.*

na, donde se detuvo seis meses, y le visitaron muchos Príncipes y otros personages considerables de Italia, cuyo afecto y buena voluntad procuró aumentar mas y mas, y ellos por su parte no dejaron de reanimar sus esperanzas. Sin embargo, tuvo un disgusto muy grande con motivo del fallecimiento del cardenal de Santa Cruz, el piadoso Nicolás Albergati, obispo de Bolonia, insigne por su adhesion al legítimo Pontífice, no menos que por las demás virtudes de que estaba dotado. Habia abrazado el instituto de los cartujos, y siendo cardenal conservó y aun aumentó la tierna piedad, el espíritu de recogimiento y todas las austeridades que le caracterizan. Manifestó su destreza y su rara sabiduria en las legaciones mas importantes y espinosas. Murió como habia vivido, esto es, con tal reputacion de santidad que en varios lugares se le honra con el título de Beato. Tomás de Zarzana y Eneas Silvio, que ocuparon la Silla apostólica, eran de su misma familia, y por honrar su memoria tomó el primero el nombre de Nicolao V cuando ascendió al Pontificado. El cuerpo del Beato Albergati fue trasladado, como él lo habia dispuesto, adonde habia estado siempre su corazon; esto es, en medio de sus hermanos, á la cartuja de Florencia, de la cual era prior á la sazón Tomás de Zarzana. El Sumo Pontífice honró con su presencia el entierro, acabó de despachar muchos negocios, y despues marchó á Roma, á donde llegó el dia 28 de Setiembre de 1443, y recibió la acogida que de-